

JOSH REYNOLDS

LAS AVENTURAS DE
GOTREK Y FÉLIX

EL CAMINO DE LAS CALAVERAS



WARHAMMER[®]
minotauro

JOSH REYNOLDS

**LAS AVENTURAS DE
GOTREK Y FÉLIX**

EL CAMINO DE LAS CALAVERAS

minotauro

Las aventuras de Gotrek y Félix: El Camino de las Calaveras

Published by Black Library, 2013
Copyright © Games Workshop Limited
Originally published as *Gotrek & Felix: Road of Skulls*

Gotrek & Felix: Road of Skulls, *Gotrek y Félix: El Camino de las Calaveras*, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2023 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Simon Saito, 2023
Imagen de cubierta: Winona Nelson
Mapa: Nuala Kinrade

ISBN: 978-84-450-1520-9
Depósito legal: B. 11.907-2023
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

CAPÍTULO UNO

Montañas del Fin del mundo, cerca de Karak Kadrin.

—¡Muévete, humano! —gruñó Gotrek Gurnisson, agarrando a Félix por su roja capa de lana de Sudentland y empujando a su compañero justo cuando la espada que blandía el merodeador del Caos —que espumajeaba por la boca— cortaba el aire con la velocidad de un escorpión. La hoja no impactó en la nariz de Félix por el más estrecho de los márgenes, y este dio unos pasos tambaleantes hacia atrás, cayendo de espaldas a la dura superficie del camino.

El Matador se puso delante de Félix y su hacha se hundió en las facciones deformadas del merodeador con un ruido de succión. Gotrek extrajo la hoja del destrozo que acababa de hacer, sin esfuerzo aparente, en la cabeza de su víctima, y miró con una expresión amenazante a los merodeadores del Caos que les habían tendido la emboscada.

—¿Y bien? ¿Quién es el siguiente?

«Casi parece contento», pensó amargamente Félix mientras se levantaba del suelo. Desenvainó la espada *Karaghul*, que pareció ronronear al salir de la funda. La sintió ligera en la mano cuando la blandió. Y observó al Matador mientras arrojaba su desafío a la cara de los hombres que se recortaban sobre

las llamas, que ascendían con avidez hacia el cielo desde el edificio en ruinas que tenían a su espalda.

Dicho edificio era un puesto avanzado de los enanos, aferrado a un risco como una lapa; una construcción con forma de cubo bastante bien camuflada, para que diera la impresión de que formaba parte del peñasco donde se asentaba. Ahora, sin embargo, el puesto avanzado vomitaba fuego por la entrada y las aspilleras abiertas a lo largo de los toscos y rocosos muros. El hedor a carne quemada se aferraba a las rocas y Félix había visto los cadáveres retorcidos de varios enanos tendidos cerca de allí. Luego habían estado a punto de matarlo, mientras contemplaba la escena, pasmado por el horror.

El camino que conducía al puesto avanzado era un angosto sendero, abierto a través de un afloramiento rocoso desde donde podía verse el río Stir, que discurría mucho más abajo, serpenteando entre las Montañas del Fin del Mundo. Gotrek y Félix habían seguido el río desde la ciudad ribereña de Wurtbad y llevaban varios días viajando por las montañas, buscando sus fuentes en el valle cercano a la fortaleza de los enanos de Karak Kadrin. Félix había oído una vez que se referían a aquellas montañas como «la columna vertebral del mundo», y desde las alturas donde se encontraban veía el parecido. La cordillera se extendía desde una punta a la otra del horizonte y abarcaba hasta donde alcanzaba la vista. El techo del mundo, tachonado de estrellas, se desplegaba encima de sus cabezas, y quien padeciera de vértigo habría sufrido un ataque solo con mirar arriba más tiempo del debido.

Gotrek había insistido en subir hasta el puesto avanzado cuando vio la luz del fuego.

—Los enanos saben que en estas colinas, cerca o no de Karak Kadrin, no hay que encender fuego por la noche a menos que sea por un buen motivo —había gruñido Gotrek.

Félix no le había preguntado, para empezar, cómo había sabido que allí había un puesto avanzado. Matador o no, Gotrek seguía siendo un enano, con la taciturnidad innata respecto a las idas y venidas de su raza.

Por qué le había parecido sospechoso era otra pregunta que no había hecho a Gotrek. En el viento nocturno había algo más que humo, y en las profundidades del suelo, unas vibraciones que Félix había notado antes. Había fuerzas en movimiento en las montañas. Él había esperado encontrar pieles verdes... Sigmar sabía que había miles de esas bestias infestando aquellas colinas.

Pero en vez de orcos se habían topado con media docena de hombres del norte, vestidos con unas pieles andrajosas que dejaban a la vista sus pechos llenos de cicatrices de los hierros de marcar, así como los sinuosos tatuajes de aspecto infame que recorrían sus pieles curtidas por el viento. Además, hablaban en una lengua burda. Félix no podía decir si eran nórdicos o miembros de una de las miles de tribus de merodeadores que infestaban las tierras salvajes más allá de Kislev. Si bien tampoco le importaba eso. Le bastaba con saber que estaban allí y querían matarlo.

A pesar de que la cordillera estaba plagada de peligros, entre los que se incluían salvajes tribus de orcos y manadas brutales de hombres bestia infra-humanos, no había noticia de que tan al sur se hubieran visto hombres de los Desiertos del Caos. Ese pensamiento le provocó un escalofrío mientras se sumaba a Gotrek, cuando el Matador se lanzó hacia al enemigo y su hacha cortó el aire con un sonoro silbido. «Ya tendrás tiempo para preocuparte de eso más tarde, Jaeger... Ahora lucha», se dijo cuando los merodeadores del Caos se adelantaron para enfrentarse con ellos.

Gotrek se movía con una velocidad inaudita para alguien de su tamaño, y los merodeadores se quedaron desconcertados. Dos cayeron, sangrando torrencialmente. Y entonces los demás se acordaron de sus armas. Félix trabó su espada con la de un guerrero barbudo que intentaba morderlo, con unos dientes ennegrecidos que parecían de perro, al mismo tiempo que trataba de alcanzar el rostro de Félix con su arma. Félix arqueó la espalda hasta casi tocar el suelo con la cabeza, pero se rehízo rápidamente, dio un taconazo en el empeine de su oponente y asestó un espadazo ascendente en diagonal, clásico ejemplo de un *mittelhau* de Altdorf, de acuerdo con la tercera ley de Liechtenaur. Había puesto el punto final a una prometedora carrera académica con ese golpe, a dos, para ser exactos, si se contaba la del estudiante que había matado en duelo.

El merodeador del Caos se tambaleó y vomitó un fluido carmesí. Félix, con las palabras de su viejo profesor de esgrima dirigiendo sus instintos para su cruel propósito, le asestó entonces un *schielhau*, mediante el cual hizo permanente en medio del cabello de su rival. Cuando el hombre se desplomó, con la cabeza partida por la mitad, Félix ya se había puesto en movimiento otra vez.

No obstante, el hacha de Gotrek ya había hecho el grueso del trabajo. Otro merodeador yacía en el suelo, y cualquiera habría pensado que lo había

pisoteado y destripado una bestia. Luego acorraló a los otros dos, y de vez en cuando emitía un estentóreo bramido de macabra felicidad, cuando un acero afortunado le tocaba la piel o pasaba lo suficientemente cerca de él para que lo sintiera. Félix se planteó acudir en su ayuda, pero llevaba como compañero del arisco Matador el tiempo suficiente para saber que Gotrek jamás le agradecería un atrevimiento de esa naturaleza.

Gotrek avanzaba con paso firme, sin titubear ni recular en ningún momento. Félix pensó que probablemente ni siquiera se le pasaba por la cabeza hacer lo uno ni lo otro. Uno de los merodeadores del Caos se lanzó hacia él a la desesperada, pero Gotrek simplemente encogió el cuerpo y dejó que la hoja de su rival le rozara el antebrazo, fabulosamente musculado, al mismo tiempo que lo agarraba por las pieles harapientas que vestía y le asestaba un cabezazo demoledor en la cara.

El último merodeador que quedaba en pie, en lugar de huir, se arrojó hacia Gotrek. El Matador le asestó un perezoso hachazo y contempló con desinterés cómo caían las dos mitades del guerrero. Se volvió hacia Félix.

—Fuiste directo hacia él, humano —dijo—. ¿Quién dejará constancia de mi muerte si te cortan la cabeza?

—Yo no fui directo hacia él —protestó Félix, limpiando la hoja en las pieles de uno de los merodeadores muertos.

Echó un vistazo al puesto avanzado, envuelto en llamas. Era algo pequeño para un humano. No estaba pensado para vivir en él, sino para vigilar los pasos occidentales sin ser vistos. Había docenas de puestos similares diseminados por docenas de picos. Félix ignoraba cómo se comunicaban unos con otros. Gotrek había hablado alguna vez de señales con fuego y espejos. Félix prefirió no acercarse a examinar los cadáveres de los enanos. Tenía una relación íntima con la muerte, por así decirlo.

—Los pillaron desprevenidos —observó Gotrek antes de que Félix pudiera sacar a colación la cuestión.

El Matador se puso en cuclillas, levantó la cabeza de un merodeador muerto y escrutó su rostro con su único ojo. Gotrek tenía un aspecto verdaderamente simiesco en esa posición, con sus voluminosos músculos envueltos en una piel curtida por los elementos y la cabeza afeitada, de la que se alzaba una altísima cresta de cabello rojo. Los tatuajes y las cicatrices se aferraban a su cuerpo. Félix había estado presente cuando adquirió algunas de estas últimas, incluida la fea marca del ojo que le habían arrancado de la

cabeza. Gotrek la tapaba con un rudimentario parche de cuero, y Félix se lo agradecía.

El Matador metió un dedo debajo del parche y se rascó distraídamente la cuenca ocular. Félix se estremeció y enfundó la espada.

—¿Qué hacían aquí? —preguntó—. Tenía entendido que nunca llegaban tan al sur. ¿Y cómo es posible que los pillaran desprevenidos?

—Magia, humano. —El Matador escupió con su feroz ojo clavado en el merodeador muerto.

Delante del puesto avanzado se había excavado una zona para darle la apariencia de un afloramiento rocoso natural, y Félix se acercó al borde, con la intención de contemplar el fin del mundo.

El viento nocturno gemía entre los peñascos y Félix se ciñó la capa al cuerpo, mientras escuchaba las crepitaciones de las llamas. La oscuridad, vasta y absorbente, se extendía por las montañas. Lanzó una mirada a la bóveda del cielo y vio que la luna era del color de la sangre. Unos destellos captaron su atención y bajó la mirada. Entrecerró los ojos.

—Gotrek —dijo, y señaló con el dedo.

Gotrek se acercó a él.

—Más fuegos —repuso el enano.

—¿Son las señales con fuego que mencionaste? —preguntó esperanzado Félix.

Gotrek no respondió. Escrutaba con su único ojo lo que se veía a lo lejos. La vista de Gotrek era mejor que la de Félix, incluso con un solo ojo y en la oscuridad. Entonces dijo lacónicamente:

—No.

Se produjo una explosión en la distancia. El suelo tembló bajo sus pies y Félix rápidamente retrocedió para alejarse del borde del afloramiento.

—¿Qué...? —empezó a decir, pero un estruendo, como un trueno lejano, lo interrumpió. Una luz cegadora brotó a lo lejos, una luminiscencia que mostró brevemente... ¿Qué era aquello?

El peñasco en el que se encontraban parecía descender directamente hacia el valle y el turbulento río que lo atravesaba serpenteando. Félix sabía que allí había habido un bosque, pero hacía ya mucho tiempo que los enanos talaron hasta el último árbol y arrancado de raíz todos los tocones con la intención de crear un campo de muerte como no existía otro en el mundo. El valle era un cuenco, y más de un ejército lo había cruzado con el fin de sitiar lo que a

primera vista Félix supuso que debía de ser la infame fortaleza de los Matadores. A juzgar por lo que veían sus horrorizados ojos, de eso se trataba. Le vino a la cabeza la imagen de un perro muerto infestado de hormigas. ¿Cuánta gente podía haber allí abajo, arrojándose contra las murallas de la fortaleza? Tragó la bilis que le había subido repentinamente a la boca.

—Quizá deberíamos ir hacia el oeste...

El hacha de Gotrek arremetió contra una roca con forma de colmillo y le cortó la punta. Félix se quedó callado y volvió a contemplar el valle. Con la luz de las llamas que consumían el puesto avanzado a su espalda, era difícil distinguir lo que estaba ocurriendo abajo, pero los fogonazos y la luz carmesí de la luna, que se reflejaba en el río, ayudaban a hacerlo. En cualquier caso, habría sido difícil pasar por alto la ciudadela.

La edificación daba fe de un poder inquebrantable. Estaba excavada en la roca de la montaña. Las imponentes murallas exteriores se habían construido con piedras recubiertas de líquen, igual que la muralla interior, que se alzaba por encima del cerco externo, sobre la ladera de la montaña. Para los ojos inexpertos de Félix, parecía media cebolla, con una capa arrancada del resto, aunque no compartió ese pensamiento infundado con Gotrek. A pesar de todo, la fortaleza dominaba el valle. Félix sintió que le daba un vuelco el corazón mientras calculaba a ojo el verdadero tamaño de las murallas.

—Esas murallas son más grandes que las de Altdorf —dijo asombrado.

Gotrek gruñó y escupió.

—Esa era una de las ideas que Ungrim tenía en mente. La verdadera fortaleza está dentro de la montaña, como debe ser. Pero Ungrim ordenó construir una falsa y más pequeña, para vosotros los humanos. La llaman «la Fortaleza de Baragor», en honor al primer Rey Matador. —El rostro de Gotrek se arrugó para esbozar una sonrisa feroz—. Es el cebo de la trampa. Todavía no he conocido a un solo hombre del norte que se resista a atacar una muralla.

—Si solo es un cebo, ¿por qué se molestaron en construir algo tan sólido? —preguntó Félix.

Gotrek se lo quedó mirando, así que levantó una mano y añadió:

—Da igual.

—La Fortaleza de Baragor no es nada, humano. Solo es un juguete que se construyó para alojar a los comerciantes y mantener ocupados a los enemigos mientras los enanos se dedican a sus asuntos de verdad. ¡Mira... Karak

Kadrin es eso de allí! —gruñó Gotrek, señalando con el hacha la estructura que se alzaba detrás de la fortaleza y que la eclipsaba sin ningún asomo de duda.

La Fortaleza de Baragor se había construido en una ladera, y desde sus niveles más altos se extendía un puente de piedra iluminado con las llamas de un centenar de braseros, instalados en unos puntales dispuestos a lo largo de él. El puente salvaba una enorme sima y conectaba la fortaleza con una explanada aún más grande, excavada en el mismo corazón de la montaña, donde aguardaba otra edificación. Esta era —Félix lo habría sabido aunque Gotrek no se la hubiera señalado— la verdadera Karak Kadrin. Allí, en la explanada, había un par de puertas instaladas en un titánico rastro, que a su vez estaba coronado por dos enormes hachas esculpidas en la superficie de la montaña.

—Karak Kadrin —repitió Gotrek, apretando los dedos alrededor del mango de su hacha. Madera antiquísima y cintas de cuero crujieron bajo la presión de su mano.

Félix no dijo nada. El Matador había insistido en que viajaran a Karak Kadrin, si bien no le había explicado el porqué. Félix había querido buscar una caravana, o incluso un grupo de viajeros que tuviera previsto ir en la misma dirección, pero la hosca impaciencia de Gotrek había frustrado su plan, antes incluso de que lo pusiera en práctica. Así pues, habían deambulado por las montañas solos y a pie. Las largas semanas caminando y escalando por la cordillera habían hecho mella en el humor de Gotrek, que estaba bastante irascible, y a Félix no le habían sentado mejor, aunque sus achaques no eran mentales sino físicos. Gotrek apenas si había dado muestras de agotamiento, imponiendo un ritmo infernal, como si algo tirara de él. Ahora, mientras contemplaba los lejanos fuegos, Félix se preguntó si estarían acercándose a ese algo.

Más llamas impactaron en las lejanas murallas, tan antiguas como las propias montañas.

—Lanzallamas —masculló Gotrek, que escupió por el borde del afloramiento.

Félix se dio cuenta de que la Fortaleza de Baragor no era tan inexpugnable como le había parecido en un principio. La muralla exterior ya estaba parcialmente derribada. Se veían algunas brechas y los hombres entraban por ellas. El eco de otro rugido apagado ascendió hacia el cielo.

—Casi parecen cañones —dijo Félix—. Pero eso no es posible, ¿verdad? —Miró a Gotrek—. Los adoradores del Caos no usan esas cosas, ¿no?

Una expresión de adusta determinación se instaló en el rostro de Gotrek. No respondió a Félix, en cambio dijo:

—Tenemos que ir allí, humano.

—¿Y cómo propones que lo hagamos? —inquirió Félix, incapaz de despegar los ojos de la cruenta batalla que se desarrollaba a lo lejos—. No creo que tengamos muchas posibilidades de pasar a través de eso.

Gotrek aferró el hacha y, por un momento, Félix pensó que el Matador estaba considerando en serio hacer precisamente eso. Luego Gotrek sacudió la cabeza.

—Hay más de una manera de entrar en Karak Kadrin, humano. Estas montañas están llenas de puertas ocultas y pasadizos secretos. Si no recuerdo mal, hay una cerca de aquí. La buscaremos y entonces, por Grimnir, averiguaremos qué está pasando allí abajo —afirmó, señalando con el hacha a las hordas del Caos.

Montañas del Fin del Mundo, el valle de Karak Kadrin

La piel de Hrolf había adquirido un lustre ceroso, como si no fuera sólida del todo. Notaba cómo el pelo le rozaba la parte interior de la piel.

Su caballo bufó nervioso y Hrolf le asestó un puñetazo entre las orejas. La Luna Bruja estaba alta en el cielo y la bestia interior de Hrolf se revolvió inquieta dentro de él.

Él y su montura se encontraban a unos pocos kilómetros de la fortaleza, en un rudimentario campamento montado por insistencia de Canto. Hrolf no veía la necesidad de ello; si los hombres no querían padecer las inclemencias del tiempo, se darían más prisa en conquistar las murallas. El campamento estaba cerca del río, «cerca de un suministro de agua», en palabras de Canto. Hrolf no entendía para qué necesitaban agua cuando tenían sangre al alcance de la mano.

Aun así, eso no afectaba a su plan. Se lamió los dientes. Paseó la mirada alrededor, por los hombres que estaban adentrándose en las colinas, transportando los artefactos que pensaba utilizar para conseguir la victoria. Se había

privado del gozo de la batalla para supervisarlos porque así lo requería el plan. Era una buena propuesta. Mejor aún, era su plan, no el de Canto, ni el de Eka-terina, ni el de ningún otro.

Se produjo una explosión y Hrolf dio una sacudida en la silla de montar. El hedor de las máquinas de guerra de los *dawi zharr* irritaba cada vez más sus sentidos a medida que progresaba el sitio. Los enanos habían perfeccionado las artes del asedio durante milenios y sus máquinas de hierro negro eran una de las pocas cosas capaces de derribar las fortificaciones de sus hermanos del sur.

De hecho, ya habían cumplido su cometido. La gran muralla exterior de Karak Kadrin se había abierto como la cáscara de un huevo gracias al cañón con que los malvados herreros demoníacos la habían batido... Solo para dejar a la vista otra. Murallas, murallas y más murallas... Hrolf escupió, desbordado por la ira al pensar en las murallas y en los que se refugiaban detrás de ellas. Entonces sonrió. La muralla interior pronto dejaría de ser un problema. Una gran llamarada iluminó la noche cuando una de las máquinas de guerra (un cañón de magma, creía que lo llamaban) vomitó un torrente de fuego que se extendió por las piedras.

El calor del fuego no alcanzaba para derretir la piedra, pero obligó a retroceder a las tropas defensoras, y sus guerreros no tuvieron ningún reparo en meterse en el fuego. Hrolf percibió el olor a carne de cerdo quemada y se le acumuló la saliva dentro de la boca, mezclada con el omnipresente sabor de la sangre. Sufría de unos dolores insoportables en todo el cuerpo y sus huesos crujían dentro de sus fundas de músculos como los pilares de una casa en ruinas azotada por un viento huracanado. Frunció el ceño cuando unas toscas estructuras de huesos y tripas animales chocaron con las murallas y los guerreros de Garmr se sumaron a la batalla.

El enemigo no tardaría en repelerlos. Hrolf reprimió un gruñido. Hacía semanas que lo intentaban y siempre los repelían. Garmr se había aburrido al tercer día, por lo que se llevó el resto del ejército de vuelta al Paso de los Picos, y había dejado a Hrolf y a Canto encargados de conquistar la fortaleza de los Matadores. Los enanos no eran los únicos enemigos que había en aquellas montañas, y daba la impresión de que Garmr estaba decidido a liquidar hasta el último de ellos.

Un gruñido captó su atención y se volvió. Observó los santuarios de guerra que se alzaban tras él y contemplaban la batalla. Las bestias que habían tirado de

ellos ahora estaban prestando sus servicios a los guerreros, transportando arietes y equipo de asedio por el valle. Ahora solo había a su cuidado unos bípedos: hombres y mujeres locos que gruñían y babeaban encadenados a los iconos mediante unos gruesos collares, vociferaban alabanzas a Khorne y se desgarraban unos a otros en un frenesí salvaje, enardecidos por el olor de una batalla en la que nunca podrían participar. Hrolf hizo una mueca. Los fanáticos lo perturbaban. A veces era difícil saber si estaban siendo castigados o recompensados.

Los merodeadores del Caos pasaron ante él como una exhalación. Vestían pesadas pieles y armaduras y, blandían una variopinta colección de armas. Los asedios eran la única situación en la que había que descartar el combate a caballo, el estilo de batalla preferido de Garmr. Era raro que los desdichados que disponían de una montura tuvieran la oportunidad de hacer algo más que dedicarse a las labores de limpieza tras la batalla; en ese momento estaban alabando al Dios de la Sangre o gritando el nombre de su tribu o paladín. Las palabras le traían sin cuidado a Hrolf, que sacudió la cabeza con irritación. Nada le habría gustado más que sumarse a la batalla. Se le había hinchado la garganta con una presión insistente y lanzó un gruñido cuando algo se movió en su interior. Cada vez le costaba más trabajo controlar la bestia que vivía dentro de él. Estaba expandiéndose y su piel se estiraba para contenerla. Se palpó el cuerpo y notó la impaciencia que crecía en su interior. Pronto, pronto podría arrancarse aquella piel despreciable y destripar y matar como deseaba a la Luna Bruja.

—Hrolf —dijo Canto acercándose a él en su caballo.

—¿Qué? —gruñó Hrolf dándose la vuelta en la silla de montar, lanzando una dentellada.

Sintió que sus dientes se deslizaban en las encías y se le llenó de sangre la boca. Eso lo tranquilizó.

Canto hizo un gesto apaciguador con la mano y Hrolf lo fulminó con la mirada. El Abjurado estaba acompañado por los otros dos Paladines Exaltados que habían recibido la orden de ocuparse del sitio: Kung del Brazo Largo y Yan el Asqueroso. Hrolf estaba al mando de todos, pero eso era algo impreciso, al menos en lo que referente a este último, y los cuatro Exaltados compartían esa responsabilidad en las cuestiones a las que Hrolf no prestaba atención. Canto, como siempre, no tenía ningún interés en hacer otra cosa que no fuera esconderse y quejarse. No era un verdadero guerrero; por lo que había demostrado en el campo de batalla, bien podría haber sido un seguidor

de Slaanesh. Canto no sabía nada sobre la alegría de la batalla, la sangre y la carnicería. Hrolf pestañeó para arrinconar las imágenes de carne sanguinolenta e intentó concentrarse. La armadura le apretaba y habría querido arrancársela, pero sabía que eso era imposible.

Hacía mucho tiempo que la armadura había echado raíces en él, fundiéndose con su carne de la misma manera que el collar de hierro que le ceñía el grueso cuello. El collar también formaba parte de él. Como la armadura, se dilataba y expandía cuando su cuerpo se transformaba, y lo protegía incluso en sus momentos de mayor enajenación mental, durante la batalla. Sabía que era el obsequio de Khorne a un hijo predilecto.

Recorrió con los dedos la estrella de ocho puntas que adornaba la maltrecha coraza y sintió el calor que irradiaba el extraño metal. Cuando entraba en combate, era como si acabara de salir de la forja, pues le chamuscaba la piel y hacía enloquecer a su monstruo interior.

Estuvo un rato abismado en los recuerdos sangrientos de esos primeros días del asedio. Había liderado a sus hombres en el ataque, rápido y demolidor, a la primera sección de la muralla, sin prestar atención a la lluvia de muerte que caía sobre ellos. Los enanos defendían cada centímetro de piedra como si fuera el último y cedían terreno a regañadientes. Hrolf recordó la breja hirviendo que vertieron desde las almenas del parapeto y cómo sus hombres chillaban cuando el mejunje separaba la carne de sus huesos. No les había hecho demasiado caso mientras subía por la escala de asedio, espada en la mano, con la cabeza y el corazón palpitándole al ritmo de la guerra. Alrededor de la cintura llevaba una falda confeccionada con las barbas que había arrancado a los enanos que matara en el Paso de los Picos.

Revivió la sensación que le había producido aquel primer sonido del acero al golpear hueso, así como el sabor de la primera gota de sangre de enano. La muralla había caído enseguida, a pesar de que no habían pillado desprevenidos a los enanos. En aquellos días tuvo a sus órdenes más tropas y dispuso de sus vidas despreocupadamente. No le había importado sacrificar una docena de hombres para liquidar a una tercera parte de esa cantidad de enanos. La muralla se había estremecido bajo sus pies, sacudida por las máquinas de guerra de los *dawi zharr*, y él había reído mientras una parte de la fortificación se desmoronaba y estaba a punto de arrastrarlo en su destrucción.

—Hrolf —insistió Canto, con una voz que no era más que un rumor hueco.

Hrolf volvió la mirada hacia su anodino yelmo, sin ningún rasgo distintivo, y sus ojos de tiburón muerto lo observaron fijamente a través de la irregular visera.

—¿Qué pasa, Abjurado? —preguntó con voz áspera.

—Han derribado otra sección de la muralla —dijo Canto.

—Estamos preparados para avanzar —gruñó Kung acariciándose la larguísima barba atada con una tripa de caballo, que le caía hasta la silla de montar y en la punta estaba rematada por una esfera de hueso.

Kung llevaba el cabello suelto, que el viento impregnado de humo agitaba en torno a su cabeza como si fuera una aureola negra. No eran los ornamentos sino sus cabellos la señal de su estatus. Entre las diversas tribus de los territorios del extremo oriental de los Desiertos del Caos, solo los caciques y los líderes de las hordas podían dejarse el pelo suelto. Llevaba puesta una pesada armadura, cuyas láminas salpicadas de sangre tenían grabadas miles de bocas abiertas, repletas de colmillos que parecían morder el aire a la luz de los fuegos de las máquinas de guerra. Cruzada sobre su silla de montar descansaba un hacha, con el mango hecho con un fémur y una hoja tosca y golpeada que miraba al mundo a través de unos ojos feroces, situados a cada lado del filo mellado. Hrolf no sabía si el arma estaba viva en el sentido convencional, pero corría el rumor de que contenía el alma del hermano de Kung, a quien había asesinado para hacerse con el control de su tribu.

—El único rival de tu exuberancia es tu estupidez, Kung —gruñó el otro paladín.

Yan era un khazag y su armadura estaba recubierta de las caras estiradas y cosidas que había arrancado de las cabezas de sus rivales. A diferencia de Kung, que era grande y corpulento, Yan era ágil y tenía un aspecto letal, como una aguja envuelta en hierro. El bracamarte que colgaba sobre su cadera había participado en miles de batallas a lo largo de cien años, y llevaba el sello de los herreros demoníacos de Zharr Naggrund.

—Hay otra muralla, Perrosson. Y otra detrás de esa, como si no... Envejeceremos y nuestros huesos se convertirán en ceniza antes de que acabemos con todas ellas.

—¿Estás acusándome de ser yo quien las construye, Yan? —gruñó Hrolf—. ¿O solo parloteas para oír el sonido de tu voz?

—Estoy diciendo que este asedio es una pérdida de tiempo —aseveró Yan—. Deberíamos reagruparnos con Garmr. Dejemos que los renacuajos se refugien en su agujero de piedras.

Yan apoyaba a Ekaterina, recordó Hrolf, de la misma manera que Kung era uno de los suyos. Si bien en teoría todos los hombres que integraban el ejército de Garmr eran leales al Lobo Sanguinario, la mayoría solo obedecían al cacique o líder que habían seguido antes de ser absorbidos por la horda. Los Exaltados que lideraban las bandas de guerreros que conformaban la horda de Garmr libraban una lucha incesante por el dominio. Sumaban ocho grandes bandas de guerreros, formadas por sesenta y cuatro bandas más pequeñas, y cada una de ellas se dividía en grupos aún menores, con su propia jerarquía, para un total de ocho mil hombres o más. Solo el miedo que inspiraba Garmr hacía que todo se moviera en la misma dirección.

Sin embargo, Garmr no estaba allí. Incluso haciendo acto de presencia era muy probable que estallara una pelea entre tribus o grupos. Su ausencia solo empeoraba la situación. El enemigo estaba fuera de su alcance. Eso significaba que los guerreros del ejército no tenían a nadie con quien luchar, salvo entre ellos.

—Garmr ha ordenado que conquistemos esa fortaleza por la gloria de Khorne —dijo Hrolf.

—¡Garmr no está aquí! —espetó Yan escupiéndole a Hrolf sus propios pensamientos—. Garmr está por ahí cortando cabezas y cosechando la gloria para él, mientras nosotros estamos sentados aquí, en el barro, perdiendo el tiempo dándole golpes a unas piedras.

Hrolf sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Esto era algo que venía de muy atrás. Yan no había parado de criticar a Garmr desde antes incluso de que cruzaran la Llanura de Zharr; había cuestionado sus decisiones y se había tomado demasiadas libertades. Yan quería ser el líder de la horda. Pero el líder era Garmr, hasta la gloria, les gustase o no, y Hrolf iba a ayudarle.

—Todos estamos impacientes, pero tú has ido demasiado lejos.

Se sentía agitado por el nerviosismo y, a fin de tranquilizarse, utilizó toda su fuerza de voluntad para sofocar la furia del lobo. Flexionó las doloridas manos, oyó como reventaban sus huesos y le temblaban los ligamentos. Añadió:

—Garmr es un señor y nosotros somos sus siervos.

Yan hizo una mueca de desprecio.

—Tal vez haya llegado el momento de tener un señor nuevo.

Hrolf tenía dificultades para pensar con el olor de la sangre inundándole las fosas nasales, pero se obligó a desterrar los sueños de carnicería que empezaban a formarse dentro de su cabeza e intentó concentrarse. Necesitaba

mantener el control. Su momento llegaría, cuando pusiera en práctica su plan y las malditas murallas se abrieran.

—¿Estás seguro de que deseas hacer esto aquí, Yan? —preguntó.

Hrolf escupió sangre y unas gotitas salpicaron la mano de Yan.

El khazag entrecerró los ojos e hizo el ademán de desenfundar el bracamarte. Hrolf se adelantó en su caballo y aferró la mano de Yan para obligarlo a mantener la espada envainada.

—¡Suéltame, perro! —espetó Yan con los afilados dientes apretados.

Los demás presentes retrocedieron a lomos de sus monturas y observaron la escena con interés. Para bien o para mal, Yan había elegido ese momento para alzar la voz:

—¡El Dios de la Sangre exige cabezas y voy a darle la tuya! —continuó.

Su mano libre se deslizó hacia su cadera, sobre la que colgaba una daga curva. La desenfundó y arremetió con ella contra la cara de Hrolf. La hoja le hizo un tajo desde la frente hasta la mejilla, y de las profundidades de la herida salieron unos ensangrentados mechones de pelo, así como un hedor parecido al que emanaría de un perro que llevara muerto dos semanas en una zanja.

Hrolf agarró del cuello a Yan, que puso los ojos como platos cuando fue arrancado de la silla de montar y tirado en el suelo. A continuación, con los músculos temblorosos, se preparó para saltar encima del otro paladín.

—¡Cuidado, Hrolf!

Hrolf miró a su alrededor. Los hombres de Yan, sus lugartenientes, avanzaban hacia él con intenciones letales. Los khazags se tomaban muy en serio su honor. No iban a quedarse de brazos cruzados mirando cómo era humillado su jefe. Hrolf lanzó una mirada atrás y vio que Canto también se adelantaba, seguido por sus asesinos en armadura. Había sido él quien lo había alertado. Hrolf gruñó. ¡El muy cobarde quería arrebatarle su gloria!

Hrolf espoleó su caballo para dirigirse hacia los khazags, pero Canto se interpuso con su montura.

—No —dijo el Abjurado.

Kung se colocó detrás de él y señaló perezosamente con el hacha.

—Hay enemigos de sobra, Yan —masculló Kung—. No hagas nuevos antes de acabar con los viejos.

—¡Me ha golpeado! —gruñó Yan.

—Debería haberte matado —le espetó Hrolf, casi con un rugido.

—Y entonces tu plan se habría ido al garete, mientras esperábamos que los subordinados de Yan eligieran un nuevo paladín para sustituirlo —gruñó Canto—. O podemos seguir adelante con tu magnífico plan y acabar de una vez por todas con este estéril asunto de un solo golpe.

Hrolf gruñó. Canto siempre tenía razón. Dentro de su cabeza afloraron unas imágenes rojas. Se moría de ganas de matarlo para demostrar su superioridad sobre ese debilucho, pero Canto nunca mordía el anzuelo de sus desafíos. Ni siquiera Ekaterina se mostraba capaz de arrastrarlo a un duelo, a pesar de lo irritante que era.

Pero Canto era un cobarde y Hrolf odiaba a los cobardes. Se negaban a recorrer los Ocho Caminos, a pisar la escalera de Khorne, y merecían morir. Pero Garmr quería a Canto vivo. A Garmr, Canto le parecía divertido. Canto era la mascota de Garmr.

Todos eran las mascotas de Garmr.

Garmr lo había derrotado en un duelo en la batalla de las Diez Mil Hojas, y los había convertido a él y a su manada en esclavos. Khorne solo respetaba la fuerza, y era posible conseguir gloria al servicio de una criatura tan fuerte como Garmr. Pero había más gloria en matarlo. La saliva y la sangre se mezclaban en su boca; tragó intentando aplacar a la bestia. Habría querido entregarse a ella. No había tenido suficiente con los enanos del Paso de los Picos. Necesitaba más.

Había enviado mastines del Caos a las montañas para que buscaran huestes que acudieran a romper el cerco o mataran enanos que no se escondieran en los agujeros de las rocas. Durante la primera semana, los enanos lanzaron numerosos contraataques desde puertas secretas y agujeros escondidos. Las montañas estaban llenas de cuevas y Hrolf había perdido cientos de hombres por culpa de las supercherías de los renacuajos. Su ejército había sufrido muchas bajas. Pero no importaba. Todavía quedaban muchos guerreros.

Además, él también tenía algunas travesuras preparadas. Se le hincharon los nudillos de las manos cuando asió las riendas. Ya podía saborear la carne de enano. Emitió un gruñido de placer.

—¿Vas a venir o piensas quedarte aquí, lejos del derramamiento de sangre, donde no corres ningún peligro?

—Iré —dijo Canto.

—Bien. —Hrolf sintió que su sonrisa estaba a punto de cercenarle el rostro—. Así verás cómo cazan los lobos.